

Serie

Documentos de Trabajo

Historia de empresas e historia de bancos

Raúl Jacob

Documento de Trabajo N° 14
1994



*Universidad de la República
Facultad de Ciencia Sociales
Unidad Multidisciplinaria*

LA HISTORIA DE EMPRESAS

Raúl Jacob

Facultad de Ciencias Sociales
Montevideo

1. INTRODUCCION

Desde su creación el Programa de Investigación en Historia Económica y Social del Uruguay Contemporáneo (PIHESUC) ha impulsado el desarrollo de diversos proyectos de investigación que han abordado el estudio de empresas o de sectores industriales. Es así que existe una serie de avances de investigación en prensa (Serie Documentos de Trabajo de la Unidad Multidisciplinaria) referidos a los orígenes de la industria textil y los capitales que la financiaron, a los archivos de la textil La Aurora, a la historia de Campomar y Soulas, a Bunge y Born (Uruguay). A ellos se les va a sumar un nuevo proyecto (en elaboración) sobre el Banco de la República (BROU). Por otra parte desde nuestra incorporación a la Facultad de Ciencias Sociales estamos trabajando en aspectos vinculados a la génesis y evolución de los grupos económicos, su relación con las gremiales o corporaciones empresariales, y sus conexiones con el sistema político, en el período comúnmente denominado de "entreguerras" y que abarca los años entre 1914 y 1945.

Pensamos que existe cierta masa crítica como para intentar sustituir la espontaneidad de este desarrollo por un desenvolvimiento más armónico y coherente, con la finalidad de consolidar un área de historia de empresas. La utilización del verbo "consolidar" no es gratuita. No se puede (ni se debe) ignorar que existen en curso otras investigaciones sobre esta temática fuera del ámbito académico del PIHESUC. Pero tampoco se puede (ni se debe) dejar de reconocer que a la fecha todos estos esfuerzos (los de otros y los nuestros) carecen de organicidad, no han establecido vínculos entre sí, están incomunicados y no han creado instancias de reflexión, no han planteando la necesidad o el deseo de complementarse, ni han previsto posibilidades de colaboración más allá de las naturales referidas a la buena relación o a la amistad de algunos de los investigadores, o a las derivadas de las obligaciones de funcionamiento de un programa (discusión en régimen de seminario, intercambio de información, etc.).

Creemos en síntesis que la institucionalización de esta rama del conocimiento histórico puede redundar en beneficio no sólo del PIHESUC sino de todos aquellos que la cultivan y que reconocen su especificidad y la necesidad de especializarse en ella.

2. EL DESARROLLO DE LA HISTORIA DE EMPRESAS COMO RAMA DEL CONOCIMIENTO

Si bien existen historias de empresas en fechas tan remotas como 1825, en que se publicó una monografía retrospectiva para conmemorar el centenario de la "Siderurgia Lauchhammer" de Sajonia, se considera el año 1925 -en que se fundó la Sociedad Histórica de Empresas- como el del nacimiento de esta especialización.

Dos años después, en 1927, se creó en la Escuela de Comercio de la Universidad de Harvard, la Cátedra de Historia Económica de la Empresa. Harvard se constituyó así en el primer centro académico en el que los historiadores de empresas se definieron como un grupo con personalidad propia. También fue allí donde a fines de la década del veinte nació la primera publicación especializada (The Journal of Economic and Business History, continuada a partir de 1954 por la Business History Review).

Durante un cuarto de siglo el análisis del pasado se centró en la historia de compañías como la Standard Oil, y en las biografías de los empresarios. En cierta medida el desarrollo de la *Business History* norteamericana estuvo condicionada por su vinculación a centros universitarios especializados en administración de empresas y por las relaciones de las dependencias universitarias con los empresarios.

Prescindiendo de estas condicionantes es necesario reconocer que la *Business History* renovó la historiografía y amplió el campo de interés de los historiadores, que encontraron en la unidad económica "empresa" un terreno privilegiado para el análisis microhistórico y la reflexión teórica.

A finales de los años cincuenta se produjo un viraje, en buena medida por la repercusión de la obra de Alfred Chandler Jr.. Chandler privilegió en sus análisis el método comparativo con la finalidad de generar conceptos y generalizaciones que trascendieran a las investigaciones centradas en los actores sociales individuales (empresarios), y en las grandes firmas (*Large Corporation*).

Del estudio de casos concretos de empresas (*Company History*), se pasó a la comparación de empresas, de ramas, de países; de los aspectos éticos e ideológicos a la realización de las empresas y su relación con la sociedad; o como se ha dicho con acierto de **la historia de empresas a las empresas en la Historia** (1).

Paralelamente, en muchos otros países florecía la historia de empresas, en ocasiones espontáneamente, otras por la influencia de la historiografía norteamericana.

En Gran Bretaña la nueva especialidad comenzó a perfilarse a mediados de los cincuenta, concretamente con la aparición del trabajo de C. Wilson (1954) referido a una gran compañía (Unilever). Entre 1957 y 1958 la Universidad de Liverpool creó y publicó la revista *Business History*.

En el año 1978 se fundó en la London School of Economics la *Business History Unit (BHU)*. Fue en esta unidad académica que en 1983 se estableció la primera *Chair* en *Business History*.

Este tardío desarrollo institucional fue acompañado por un número creciente de estudios: la historia de la gran empresa se diversificó hasta cubrir las historias de empresarios, los

análisis comparativos y el desempeño empresarial en determinadas etapas de la economía británica.

Es así que la producción historiográfica británica estuvo más vinculada con la historia económica en general, que invita a no descuidar aspectos como la legislación económica y social, las relaciones entre las empresas y el Estado, entre los empresarios y sus asalariados, etc.

En otros sitios se crearon asociaciones y sociedades dedicadas al estudio de empresas, como la Fundación ASSI en Italia.

La historia de empresas comenzó a ganar espacios en los congresos internacionales de historia económica, cuando no optó por organizar sus propios encuentros.

Un nuevo impulso se percibió en la década del setenta. Las causas fueron variadas. Por un lado los años habían proporcionado un horizonte definido, en el que se perfilaba la natural madurez que acompaña a la evolución temporal. La historia de empresas se consolidó como especialización.

El desarrollo económico mundial se encaminaba decididamente por la senda de la globalización de los mercados. Las empresas capacitadas para competir a nivel internacional eran las más interesadas en difundir su imagen, y ésta, para elaborarse, requería del estudio del pasado. En el mundo de los negocios la tradición es un valor no cotizabile pero de peso.

Por otra parte el auge del liberalismo o neoliberalismo en los ambientes académicos y tecnocráticos introdujo el factor ideológico. El papel social del empresariado fue revalorizado, así como el de las grandes corporaciones multinacionales. El empresario dejó de ser un personaje malvado para pasar a constituirse en un héroe. Las transnacionales y multinacionales de depredadoras y succionadoras del ahorro de los pueblos se transformaron en corporaciones que reinvertían parte de sus ganancias en la investigación tecnológica para mejorar la calidad de vida de la Humanidad. Esta polarización tuvo la virtud de estimular a nuevos sectores académicos a ver a las empresas y los empresarios como objetos científicos, dignos de estudio. No es casual que algunas de las investigaciones acerca de la historia de empresas fueron emprendidas por historiadores del movimiento sindical. Finalmente se asumió que el capitalismo no podía ser entendido si se prescindía de una parte de sus protagonistas.

3. LA SITUACIÓN EN AMÉRICA LATINA

También en América Latina proliferaron los estudios sobre el empresariado, aunque muchas veces encubiertos bajo la forma de análisis sobre el desarrollo de la burguesía latinoamericana.

El punto de inflexión, ya que hablar de "auge" no deja de ser un buen deseo, se remonta a los años sesenta, cuando la CEPAL pulió su proyecto sobre la industria (y el industrial) latinoamericano, en el marco más global de su interpretación y diagnóstico sobre el comportamiento de la economía del sub-continente.

Fue en ese momento en que se definieron las diferencias que separaban a las distintas corrientes de pensamiento ligadas a la realidad académica de esos años, pautados por enfrentamientos, crisis varias, y las vicisitudes del nuevo modelo que buscaba implementar la revolución cubana.

Era la época de la Alianza para el Progreso, de la reforma agraria cubana, de la insurgencia guerrillera, del inquietismo de las capas medias. La necesidad de introducir innovaciones en el mundo rural se puso en evidencia, y esta temática en buena medida captó la inquietud de los científicos sociales. Paralelamente, el agotamiento en muchos países del esquema de industrialización denominado ISI (industrialización por sustitución de importaciones) introdujo otra vertiente que canalizó el interés de los estudiosos. La teoría de la dependencia les proporcionó un instrumento para buscar las causas del subdesarrollo, y de su aplicación mecánica se cosecharon explicaciones muchas veces exageradamente esquemáticas.

Los estudios sobre el empresariado giraron en torno a temas como la burguesía industrial en los países dependientes y su posibilidad de transformarse en "burguesías nacionales", (coincidiendo por momentos con algunos de los postulados de la ortodoxia marxista); su relación con el Estado, su alianza con el capital internacional o con los grupos monopolistas financieros transnacionales.

Esta preocupación no fue privativa de economistas o de historiadores. Fue abrazada con mayor énfasis por sociólogos y politólogos que contribuyeron con sus investigaciones y especulaciones al mejor conocimiento o a la difusión del objeto de estudio, fluctuando sus perspectivas teóricas desde la concepción de las "élites", hasta la de la preeminencia omnímoda de las clases dominantes en un sentido amplio, ya que en ocasiones la simplificación sorteaba todas las diferencias existentes entre quienes poseían el poder y quienes lo administraban.

La historia económica, de escaso desarrollo todavía, no ha concedido prioridad al tema del empresariado latinoamericano. Esto no significa la inexistencia de investigaciones, o la pobreza total en este campo.

Se trata simplemente de una cuestión de opciones que comienza paulatinamente a revertirse.

4. LA HISTORIA DE EMPRESAS EN URUGUAY

El panorama uruguayo es complejo y no se distingue mayormente del latinoamericano, aunque presente algunas diferencias sustantivas. Una de ellas es la dificultad de la historia económica para estructurarse como rama del conocimiento.

Cultivada por investigadores tributarios de la escuela de los *Annales*, que la integraban a un panorama más amplio en una concepción omnicompreensiva del pasado; o por economistas con mayor formación teórica que histórica, o por un puñado de economistas-históricos; la historia económica transitó un camino errático, sin mayor soporte institucional, a la búsqueda de adeptos (cuando no de lectores).

Rodeada de un halo de misterio con mucho de ciencia oculta, al que contribuían un lenguaje ininteligible para el público, y las abundantes serie estadísticas, números, gráficas de todo tipo y tamaño, y cierta tendencia elitista que llevaba a escribir (y en consecuencia) a comunicarse con los colegas, lo que de hecho no era un defecto si lo que se buscaba era el juicio, la reflexión y las sugerencias de éstos; pero distaba mucho de ser una virtud a la hora de difundir el conocimiento a sectores más vastos de la población, como maestros, profesores y estudiantes; la historia económica no encontró- porque no lo buscó- un ámbito académico en el que afincar. Es así que distintas dependencias universitarias albergaron a

los interesados en esta disciplina, aunque ninguna asumió -porque tampoco nadie se lo propuso- la formación sistemática de investigadores dotados de la metodología y los instrumentos necesarios para escudriñar el pasado económico del país. La consecuencia de todo ello fue cierta confusión, acentuada, del objeto de la historia económica, que se tradujo, en última instancia en la dificultad de reconocerla. Esta crisis de identidad fue autónoma a toda disquisición teórica y a cualquier sospecha de combate ideológico, ya que el debate que en otros países enfrentó a *cuantitativos* contra el *resto* (un *resto* que poco tenía de sobra, ya que incluyó a todos los demás) en estas orillas ni siquiera se llegó a esbozar. Porque, y esta es la paradoja, para debatir hay que comunicarse. Lo opuesto es el monólogo.

Si en esta suerte de páramo, por obra del empecinamiento humano, y a pesar de todo, la historia económica- en puridad *las historias económicas*- dieron sus frutos, la historia de empresas no fue uno de los más cosechados.

Y aquí es necesario efectuar una precisión: existe una extensa bibliografía sobre empresas, empresarios y temas afines. El empobrecimiento sobreviene en el instante en que se busca obras de investigación elaboradas con los criterios y los métodos específicos de una rama del conocimiento que presenta sus singularidades, y no es la menor la de exigir ciertos conocimientos sobre gestión empresarial.

No es redundante, más bien necesario, hacer un balance para determinar el capital con que se cuenta. En esta suerte de inventario de existencias corresponde consignar un número grande de publicaciones realizadas por las propias empresas, en general con fines conmemorativos. Basta recordar la realizada por el *Banco Comercial* para festejar su centenario en 1957, o por *Gramon* en 1961 en ocasión de su cincuentenario, por citar dos ejemplos. A ellos se les debe sumar las de las gremiales empresariales y otras, que, no obstante el tono laudatorio con el que fueron y son escritas se constituyen en fuentes secundarias, una de las materias primas para el investigador por su alto valor testimonial.

Las biografías de empresarios es otro de los soportes de los estudiosos. No es un espécimen demasiado frecuente en la bibliografía, pero existe. El trabajo de Raúl Montero Bustamante sobre el acaudalado patricio *Juan M. Pérez* (Montevideo, Barreiro y Ramos, 1945) es una muestra acabada de lo antedicho.

Una valiosa cantera la constituyen los trabajos de características y fines variados realizados por periodistas y publicitarios, como *El Libro del Centenario del Uruguay* (Montevideo, Agencia Capurro, 1925). En ellos casi siempre quienes hablan son las propias empresas, y con el paso del tiempo, su palabra adquiere un gran valor, ya que permite inferir evoluciones y muertes, aunque no representen cabalmente al universo empresarial.

También deben considerarse monografías, publicaciones, investigaciones, estudios de variados tipos, que contribuyen al tema, aunque su objeto no sea estrictamente el análisis del empresariado. Las historias de la ganadería, de la industria, los diversos manuales de historia económica, los estudios sectoriales, las memorias de reparticiones oficiales, las revistas de las gremiales empresariales, la prensa en general, la prensa obrera, los balances y memoria anuales de las empresas, sus estatutos, las actas notariales, las recopilaciones estadísticas, las actas parlamentarias, los registros judiciales, proveen de marcos de referencia y de fuentes a quienes se ocupan de reconstruir la vida de las empresas y sus protagonistas.

Se les debe sumar, en una lista que no tiene la pretensión de ser exhaustiva, los archivos de las empresas. Muchas veces para acceder a ellos es necesario realizar una investigación

paralela para detectar su paradero. Pero existen, tanto en el país- como el de la curtiembre Lanza custodiado por el Museo Histórico Nacional - como en el exterior - como el del ex-banco de Londres y América del Sur -.

Después de esta breve reseña, y aceptado el hecho de que la historia de empresas posee un campo, un objeto y una metodología, y las fuentes necesarias para su desarrollo, y que éste se encuentra cuantitativa y cualitativamente atrasado, se impone señalar algunas obras que innovaron en la materia, hecha la salvedad, una vez más, que se tratan de mojones en el camino.

Es *La clase dirigente* de Carlos Real de Azúa (Montevideo, *Nuestra Tierra*, 1969) la primera visión general sobre el valor y la complejidad del mundo (o los mundos) de la riqueza y el poder. Real de Azúa tuvo el enorme mérito de comprimir un panorama variado y variable en pocas páginas, someterlo en un fascículo a la consideración pública (aunque su estilo y el nivel de abstracción que alcanzó en la última etapa de su vida lo transformaron en un autor de difícil lectura), y dejar planteadas las grandes preguntas, en una suerte de esquema que mucho tiene de agenda conteniendo indicaciones precisas sobre las tareas a realizar mañana, pasado y los días siguientes, es decir en el futuro.

Muy influido por la teoría de las élites y por la obra de C. Wright Mills, en boga por ese entonces, Real de Azúa dejó brillantemente esbozada una temática que en la otra orilla, casi contemporáneamente, había alcanzado un producto de mayor porte (José Luis Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965).

En el anexo de *El poder económico en el Uruguay actual*, de Stolovich, Rodríguez y Bértola (Montevideo, CUI, 1987), Luis Bértola incluyó una serie de breves estudios sobre la génesis y el desarrollo de un puñado de grupos económicos, lo suficientemente importantes en momentos de escribirse el libro como para merecer el honor de ser reseñados e incluidos en la obra. La metodología empleada, y el objeto elegido, legaron la tarea de bucear en esas profundidades para rescatar una de las categorías analíticas (grupo económico) sin las que sería incomprensible el desarrollo económico de esta parte del continente.

Alcides Beretta, en *Pablo Varzi, un temprano espíritu de empresa* (Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 1993) produjo un magnífico ejemplo de lo que se puede lograr si se utiliza como fuente histórica el archivo del (o los) protagonista(s), en este caso un empresario vitivinícola cuyos descendientes no son figuras relevantes en el mundo de los negocios del presente, por más que otros empresarios se han encargado de no interrumpir la asociación del apellido Varzi con la enología.

Pero dejando de lado estos antecedentes, y otros de menor enjundia, y para coronar el diagnóstico acerca de la realidad uruguaya, es necesario referirse a las ausencias :

- la historia de empresas carece de reconocimiento institucional,
- no tiene una cátedra universitaria específica que se ocupe de ella,
- por lo que sabemos no se enseña en las escuelas gerenciales o comerciales,
- no se edita ninguna revista especializada que la proyecte,
- los investigadores que se identifican con esta especialización no han creado ninguna asociación que los represente,
- no se han realizado encuentros que permitan crear una comunidad científica ni un ámbito de discusión académica.

Como saldo positivo es necesario destacar una declaración, aún sin instrumentar, del **Primer Encuentro Universitario de Ciencias Históricas**, organizado en 1992 por la

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, que alerta sobre la necesidad de preservar los archivos empresariales.

5. ¿ QUÉ HACER ?

Plantear un área académica requiere:

- recursos económicos,
- recursos humanos,
- el aporte de varias disciplinas,
- formar investigadores,
- definir prioridades,
- integrarse a la comunidad académica internacional.

Por razones presupuestales no parece factible en el corto tiempo izar la bandera de la autonomía. Más bien, por las mismas causas, parece más razonable realizar economías de escala y tender puentes intentando no desaprovechar ningún esfuerzo.

La historia de empresas, como especialización, plantea una serie de dificultades, algunas compartidas con otras variantes del conocimiento histórico, y otras específicas.

El acceso a las fuentes documentales básicas, los archivos de las empresas, no es sencillo cuando se encuentran custodiados por las propias empresas. En primer lugar para el empresario lo importante es cerrar el ejercicio anual con ganancias y repartirlas a los accionistas o asociados. La papelería de la empresa, la referida a un pasado remoto que ya no interesa a las oficinas estatales encargadas de fiscalizarla, cuando no es destruida se encuentra casi siempre arrumbada, sin orden alguno, clamando por bibliotecólogos y archiveros que transformen el caos en un corpus sistemático que facilite su consulta. Por otra parte, por mentalidad, el empresario uruguayo tiende a desconfiar del súbito interés de un extraño por su obra, o la de sus mayores, y a clausurar a cal y canto el depósito de sus secretos, y en la versión más optimista, proporciona documentos seleccionados previamente, luego de pasar por la censura suya o de algún directivo o funcionario de confianza. Distinto puede ser el caso de empresas desaparecidas, o recorriendo el camino del ocaso: ahí, en ocasiones, existe la necesidad de fortalecer la autoestima, o mostrar hacia el exterior glorias ya inexistentes que se sueñan con reflotar. Por supuesto, como en todo, existen excepciones.

Las publicaciones provenientes de las empresas, una fuente secundaria inestimable ya que casi siempre quedan como las *únicas* referencias de las mismas, cuando se orientan al pasado son historias oficiales, enaltecidas de las empresas y los empresarios.

Un segundo tipo de problema lo plantea la difusión de las investigaciones. Salvo que se trate de grandes empresas, como *Ford* o *Coca-Cola*, o que el trabajo arroje luz sobre un punto candente, o que aporte materia prima para la industria del escándalo, los lectores no sobran, por lo que las editoriales se muestran renuentes a su publicación, y esta queda - si se realiza - orientada a un público pequeño o a la comunidad académica, lo que por cierto no es un motivo de aliento para los autores que invirtieron años-o su vida- para concretar un trabajo que finalmente es casi ignorado.

A su vez la historia de empresas plantea problemas temáticos y metodológicos.

Uno de ellos es la precisión de los límites. Si un antropólogo reconstruye la trama de una familia de empresarios ¿es historia de empresas?. La mera descripción de empresas y empresarios ¿es historia de empresas?. Las relaciones entre los empresarios y el gobierno, entre los empresarios y los sindicatos ¿tiene puntos de contacto con la historia de empresas?. La estructura, los integrantes, la dirigencia y la lógica de funcionamiento de las gremiales empresariales, que participan en la elaboración de políticas económicas, y en forma directa o indirecta en la política, ¿cómo se integran a la historia de empresas?.

Y aquí entra en juego, una vez más, el choque de "las escuelas". Para un economista, o un historiador económico *cuantitativo*, si no se accede a los libros de contabilidad, a las cuentas privadas, difícilmente se pueda hablar de historia de empresas. Para aquellos vinculados a las escuelas para empresarios es fundamental el manejo de las teorías de la empresa, de las pautas organizativas, de su evolución.

Nos encontramos pues frente a un panorama complejo en el que la verdad, como suele ocurrir, no la tiene nadie, pero la tienen... todos.

Sin el manejo de fuentes cuantitativas no se podrá apreciar el desempeño de una empresa, ni siquiera probar hipótesis. Sin el soporte teórico no se accederá a la comprensión de su organización. Sin la geneología empresarial se tendrá una pálida idea de la evolución de su propiedad. Sin el estudio de su relación con el Estado, con los gobiernos, y de su inserción en las gremiales empresariales, no se encontrarán justificativos para muchas pérdidas y ganancias. Sin la simple suma de material empírico, la denostada *debilidad descriptiva*, se corre el riesgo de reconstruir un simple esqueleto. La relación con los asalariados puede ser tan importante para la evaluación de la productividad como comprobar la adopción (o no) de sofisticadas tecnologías.

¿Qué hacer para estimular el avance en el estudio de la historia de empresas?. Tomando en cuenta la bibliografía existente, que reseña los logros alcanzados en otras latitudes, quizás lo más sensato sea comenzar por dejar esbozada una agenda básica, que marque áreas temáticas, pero que también precise conceptos. Esa suerte de *guía para iniciados y promitentes interesados* no agota los puntos, simplemente subraya algunos.

6. AGENDA BÁSICA

- Unidades económicas: empresas (agrarias, comerciales, industriales, bancarias, etc.) o grupos de empresas (conglomerados, grupos económicos, holdings, etc.).
- Actividades empresariales (sectores, servicios públicos, etc.).
- Agentes sociales (individuos, familias de empresarios, asociaciones empresariales).

- 1) teoría de la empresa.
- 2) la empresa como institución (división del trabajo, estructura, tamaño, organización, proceso de producción y desarrollo tecnológico, relaciones internacionales, mercados, etc.).
- 3) el rol de los empresarios (bases de acumulación, patrones de inversión y diversificación, manejo del riesgo, papel innovador, ética del trabajo, etc.).

- 4) origen social del empresariado (papel de la familia como unidad empresarial, origen social y vinculaciones con la clase o grupos dirigentes, origen étnico, educación, mentalidad, etc.) .
- 5) propiedad de las empresas (formas de financiación, etc).
- 6) control y gestión de las empresas
- 7) modelos de desarrollo.
- 8) el papel de las políticas estatales.
- 9) la relación de las empresas con el Estado.
- 10) la relación de las empresas con los gobiernos.
- 11) la relación de las empresas con la política (partidos, gremiales empresariales, etc.) .
- 12) el rol del empresariado en el proceso de industrialización.
- 13) el rol del empresariado en el desarrollo económico.
- 14) comparación con empresas y empresarios de otros países.

7. CONCLUSIÓN

Actualmente contamos con un serie de adelantos de investigación y con escasos recursos humanos estables orientados al estudio de historias de empresas. Pero no partimos de cero. Pensamos que la acción en el futuro debería orientarse en la siguiente dirección:

- I) consolidación de un área de trabajo específico en el marco del PIHESUC.
- II) multiplicación de los trabajos monográficos hasta alcanzar un número suficiente que permita emplear el método comparativo.
- III) elaboración de material de referencia (auxiliares de investigación, entrevistas, manuales, etc.) reconociendo que uno de los requisitos de esta especialización es la *construcción* de la información básica.
- IV) relacionamiento con la comunidad académica nacional e internacional.
- V) difusión.

CITAS

- 1)-Pedro Fraile, *La Historia Económica de la empresa como disciplina: una perspectiva histórica*, en **Revista de Historia Económica** , No.1, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- María Inés Barbero (compiladora), *Historia de empresas*, Buenos Aires, CEDAL, 1993.
- Carlos Dávila, *Historia empresarial de Colombia: Estudios, Problemas y Perspectivas*. Bogotá, Universidad de los Andes, 1992.
- Almir Freitas Filho, *A abordagem empresarial na História Económica no Brasil: um campo de pesquisa ainda a ser explorado*, Universidad Federal de Río de Janeiro, 1993.

LA HISTORIA DE LOS BANCOS EN URUGUAY: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Raúl Jacob

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República
Montevideo

1. INTRODUCCIÓN

Cuando Lord Ponsonby, el mediador británico que en 1828 logró solucionar la guerra entre Buenos Aires y Brasil, apadrinó el nacimiento de la república independiente del Uruguay, fue consciente de que Montevideo era el mejor puerto natural de la región, el punto de recalada ideal en la travesía rumbo al Pacífico por el estrecho de Magallanes, la llave de la ruta para internarse en los ríos que conducían al corazón de la Cuenca del Plata. Y también para recibir a los navíos que desde el Pacífico buscaban la costa atlántica. Sin duda los intereses comerciales de Gran Bretaña pesaron, y mucho, en esta decisión.

La situación geográfica de la otrora Banda Oriental, junto a las bondades del tapiz vegetal de sus campos, delinearon su futuro económico, en el que el desarrollo de la intermediación regional y la ganadería debieron acompañar a los nuevos tiempos.

En realidad Lord Ponsonby no hizo otra cosa que reconocer el pasado colonial. La rivalidad portuaria entre Buenos Aires y Montevideo era ya tradicional, en especial a partir de 1764 en que la última fue reconocida como puerto ultramarino. En 1791 Montevideo había sido habilitada como puerto introductor de esclavos. Es así que sus comerciantes pasaron de ser proveedores de la guarnición a aprovisionar la armada española, armar buques, traficar con

esclavos. Sus veleros surcaron los mares y sus casas comerciales efectuaron remesas de oro y plata en su nombre y en el de otras de diversas ciudades del nuevo mundo.

A mediados del siglo XIX, finalizado el conflicto regional en el que se habían enfrentado las provincias argentinas y sus caudillos, y sus partidarios en Uruguay, y en el que además habían intervenido Gran Bretaña, Francia y Brasil, los campos de batalla cedieron el escenario a otra guerra, que no era novedosa: la entablada entre Buenos Aires y Montevideo por el control del *comercio de tránsito* - el reembarco y en ocasiones la financiación de las corrientes de importación y exportación - del hinterland platense. El mismo comprendió un extenso territorio que abarcó parte de Río Grande del Sur en Brasil, Paraguay y la Mesopotamia argentina.

Con la inauguración del moderno puerto artificial de Buenos Aires, casi al finalizar el siglo, se dirimió en parte la cuestión. Montevideo estrenó el suyo en la primera década de la presente centuria y sus instalaciones fueron utilizadas por exportadores riograndeses por lo menos hasta la crisis de 1929. Pocos años antes, en 1923, fueron autorizadas a instalarse dos zonas francas, a corta distancia de Buenos Aires y de la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay, que las comunicaban con el interior del continente.

Durante la segunda guerra mundial buscaron refugio capitales *golondrinas*. Ellos ambientaron la creación en 1948 de las sociedades anónimas financieras y de inversión (SAFIs) destinadas a no residentes. La idea era hacer de Uruguay una *Suiza de América* mediante la implantación de una suerte de zona franca financiera, crear el marco adecuado para la constitución de empresas destinadas a atender los negocios de ciudadanos de otros países y desarrollar los servicios.

A partir de comienzos de los años setenta se acondicionó el sistema bancario para servir de *plaza financiera*, aunque en los hechos lo que se alcanzó a montar fue un centro de depósitos para servir a la región.

Lo que una visión retrospectiva permite avizorar es una persistente vocación en la prestación de servicios, que se acompasó a los distintos tiempos que transcurrieron desde que el colonizador español decidió - tardíamente - posesionarse del territorio y poblarlo.

2. LA BIBLIOGRAFÍA

Podría pensarse que tan arraigada práctica mercantil y financiera, que esta suerte de *modelo de país de servicios*, al que se trató de identificar en esos múltiples espejos en los que los uruguayos suelen buscar su identidad con Bélgica y con Suiza, estimuló el desarrollo de una profusa bibliografía histórica sobre el tema. Sin embargo, habida cuenta que el mostrador y el escaparate se unieron con el vacuno para oxigenar lo que las cancillerías fraguaron en 1828, puede resultar sorprendente, por ejemplo, los escasos aportes de la historiografía uruguaya sobre el sector mercantil.

A esta carencia no han escapado los estudiosos extranjeros. Quien lea la *Historia económica del Uruguay contemporáneo* del británico Henry Finch (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1980), si busca un capítulo destinado a la evolución del comercio y del sistema bancario encontrará una gran decepción.

En parte esta ausencia se explica por una razón teórica. En la década del sesenta, la versión de la teoría de la dependencia por la que optaron los investigadores uruguayos privilegió lo productivo en su visión más acotada: la agropecuaria y la industria.

El proceso económico del Uruguay (Universidad de la República, Montevideo, 1969), interpretación colectiva del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas sobre la evolución económica del país, que fue una suerte de Biblia para toda una generación, y que a la fecha es una obra de referencia insoslayable, dedicó menos de cincuenta páginas a la banca, a pesar de que fue contemporánea a un proceso de fusiones, concentración y extranjerización de las instituciones financieras.

En cambio la literatura tomó escueta nota, pero nota al fin, de que la realidad no estaba totalmente representada en las imágenes existentes, en que dejando de lado las discutibles bellezas de los monumentos al labrador y de los murales al obrero industrial, existían otras profesiones y otros sujetos que confluían a la construcción de eso que asépticamente se denomina Producto Bruto Interno, o en su versión más familiar PBI. Juan E. Gruber, en su novela *Así habló el cambista* (Montevideo, 1979) describió la actividad de los "valijeros", vendedores de dólares que aprovechándose de los regulados mercados cambiarios de los países vecinos los aprovisionaban de moneda extranjera, un tráfico que por otra parte puede pasar de la legalidad a la ilegalidad tan pronto se cruza la frontera.

Abordando la bibliografía existente, y hecha la salvedad de que toda selección es por naturaleza subjetiva y restrictiva, debemos mencionar dos monografías provenientes del campo de la economía, realizadas por alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración en cumplimiento de las exigencias curriculares marcadas por los planes de estudio de la citada institución. Se trata de *El sistema bancario privado- Su gestión y perspectivas* de Ariel Banda y Jorge Capellini (Universidad de la República, Montevideo, 1970, 2 tomos) y *Evolución monetaria del Uruguay (1896-1955)* de José Damonte y Darío Saráchaga (Universidad de la República, Montevideo, 1971, 2 tomos). La segunda de las citadas toma el período comprendido entre la fundación del Banco de la República Oriental del Uruguay - estatal - y la fecha que se considera inicio de la crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), aportando un apéndice estadístico que hasta el momento no ha sido revisado.

Los economistas han legado un número apreciable de estudios sectoriales o referidos a un horizonte temporal reducido. Tal el caso de *El poder económico en el Uruguay actual* de Luis Stolovich, Juan Manuel Rodríguez y Luis Bértola - este último proveniente de la economía histórica - (Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1987) que describe las transformaciones del sistema bancario en las tres décadas que antecedieron a la publicación del libro; o *La crisis bancaria uruguaya de los 80* de Jorge E. Roldós (CERES, Montevideo, 1991), que estudió la última (y reciente) crisis que afectó al sector.

Los técnicos de las oficinas estatales también han aportado lo suyo. En 1962, para cumplir con los requisitos de la Alianza para el Progreso, el gobierno encomendó a la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) una evaluación de la situación del país y un programa de investigaciones para conocer la realidad nacional. Como consecuencia de este diagnóstico, a comienzos de 1964 el Poder Ejecutivo le solicitó la realización de un plan de desarrollo económico y social. Un capítulo del mismo trató la reforma del sistema financiero, al que analizó en el período 1956 a 1963 (*Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social 1965 - 1974 (Compendio)* (CECEA, Montevideo, 1966)). Esta breve

visión (breve en el tiempo) estaría destinada a adquirir gran importancia, ya que en 1965 el sistema bancario crujió como consecuencia de una grave crisis que arrastró a algunas instituciones y determinó la reforma de la legislación bancaria.

Existen algunas obras de tipo periodístico, pensadas con afán de divulgar problemas concretos, muchas veces con ánimo militante y extremadamente ideologizadas, pero que son útiles ya que suelen ser fruto de investigaciones. Tal el caso de *Reforma agraria en el Uruguay* de Vivían Trías (Editorial El Sol, Montevideo, s.f.) que describe el entrelazamiento del sistema financiero con los demás sectores económicos a comienzos de los años sesenta; *La telaraña bancaria en el Uruguay* de José Jorge Martínez (EPU, Montevideo, 1969) que denuncia el proceso de concentración y extranjerización que siguió a la crisis de 1965; *Banca y financiamiento. Presente y futuro* (CIEDUR, Montevideo, 1984) en la que Darío Saráchaga se refiere a los cambios operados en el sistema a partir de la liberalización de 1974, la situación en el momento y las perspectivas; *Compra de carteras* de Stolovich, Rodríguez, Olesker, Porto y Pomi (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986), en la que se aportan documentos sobre la resolución de la crisis bancaria de 1982; *El enjuague uruguayo* de Samuel Blixen (Ediciones Trilce, Montevideo, 1990), que trata las consecuencias del secreto bancario de la ley de intermediación financiera de 1982 y el tráfico de drogas; *Uruguay Plaza Financiera* de Andrés Sena y Alejandro Borges (Fundación Banco de Boston, Montevideo, 1993), que contiene un conjunto de entrevistas a diversos agentes económicos y actores políticos sobre el último sueño uruguayo previo al MERCOSUR.

La presencia de la sociología la concreta Aldo Guerrini con su estudio sobre una de las gremiales empresariales más nuevas (1945) y más misteriosas: *Antecedentes, estructura y modalidad de acción de la Asociación de Bancos del Uruguay* (CIESU, Documento de Trabajo No. 171, Montevideo, 1991).

La producción histórica no ha podido sustraerse de algunas de las características de la historiografía uruguaya, lo que por otra parte es lógico. La historia económica no cuenta con demasiados adeptos y sufre las incursiones de las "otras historias". No otra cosa podía esperarse en un país que hasta la fecha carece de estudios de grado y Maestrías específicas para esta disciplina. Por otra parte el caudal de obras comienza a espaciarse tan pronto se deja atrás el año 1930. Esta tendencia comenzó a revertirse en los últimos años, en que se acentuó el interés por los hechos contemporáneos o posteriores a la crisis de 1929.

Hechas estas consideraciones es justo reconocer que por lo menos existe una obra "mayor" referida a los bancos en el siglo XIX. Se trata de *Contribución a la historia económica y financiera del Uruguay - Los bancos* de Juan Pivel Devoto, una extensa investigación (más de mil páginas) que cubre el período 1824-1876, y que su autor publicó en forma de artículos en dos volúmenes de la *Revista Histórica*, editada por el Museo Histórico Nacional (No.142-144, Montevideo, 1976 y No.151-153, Montevideo, 1979). Se puede discrepar con la concepción historiográfica de Pivel, con su afán por resaltar lo institucional, por el uso casi abusivo de las fuentes clásicas - actas parlamentarias, folletería, prensa - , por su tendencia a las citas extensas y algo farragosas. Pero estas apreciaciones en suma no le quitan mérito a su excelente trabajo - un clásico en la materia - que sin duda seguirá siendo por mucho tiempo una obra insoslayable para todos aquellos que aspiren a internarse en la historia económica del tormentoso siglo XIX.

Aquella "Tierra Purpúrea" de la que habló el escritor Guillermo Hudson, impresionado por la sucesión de guerras civiles, supo atraer a financistas extranjeros que no repararon en lo que hoy denominamos riesgo-país. Algunos de ellos contribuyeron a agitar las aguas, cuando no provocaron borrascas. La figura de los tres más importantes han estimulado algunos estudios, parciales, que tienen la virtud de subrayar su importancia y también la de marcar una deuda que en el futuro deberá cancelarse con aportes más exhaustivos.

La biografía de José de Buschental - banquero trashumante de las cortes europeas, arribado a fines de la década del cuarenta - fue esbozada por Raúl Montero Bustamante, y recogida en *Estampas del Montevideo romántico*, (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1968). En pocas páginas Montero Bustamante logró delinear con rasgos románticos una personalidad atrayente, que supo afincar, y realizar una obra nada desdeñable. Buschental es visto como un modernizador del agro - adquirió tierras que alambró y pobló de animales de pedigrí -, como un impulsor de la hotelería, como uno de esos soñadores que apoyaron la difusión del ferrocarril. Fue todo eso y además un empresario renovador de la industria de la carne. Hacia 1870 se alejó del Río de la Plata.

Juan Oddone en *Mauá, el banquero del Imperio y de la crisis* (artículo incluido en **Cuadernos de Marcha** No.5, Montevideo, setiembre de 1967), tomó la figura de un hombre singular en un momento histórico decisivo, en el que las circunstancias lo proyectaron en dirección a los círculos de poder, en los que logró incrustarse con suma habilidad.

Mauá fue el representante financiero del Brasil victorioso en 1851 y 1852 en la Cuenca del Plata. Su "época" concluyó a mediados de los años setenta. Banquero en el Imperio lo fue también en la región en que éste gravitó y/o tuteló. La institución financiera que abrió en Montevideo fue autorizada a operar como banco de emisión en 1857. Fue el primero de los extranjeros y quizás también el primer banco formal que operó en el Uruguay independiente (existe cierta imprecisión al respecto ocasionada por los criterios utilizados para medir el comienzo de las operaciones bancarias).

Al igual que en su país de origen, Mauá diversificó sus inversiones. Fue hacendado, saladerista y propietario de la empresa que abasteció de gas a Montevideo. Este "imperio" personal debió navegar entre crisis económicas hasta que finalmente naufragó en una de ellas. Su debilidad fue de la mano de la de la influencia de Brasil y su sustitución por la británica, que finalmente ocupó un escenario del que nunca había estado totalmente ausente. El último integrante de este terceto fue el español Emilio Reus, cuya fugaz presencia en estas tierras, en las que vivió sus últimos días, fue registrada con perspicacia y rigor por Carlos Visca en *Emilio Reus y su época* (Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo 1963).

Reus, junto con otros capitalistas extranjeros, creó en 1887 el Banco Nacional, del que fue gerente por un corto período de tiempo. El Banco fue un banco de emisión nacido para servir los intereses del Estado. Difundió su acción en el interior del país, en el que abrió numerosas sucursales. Contemporáneo a la fiebre especulativa que precedió a la crisis del noventa, no logró sobrevivirla. Paralelamente, Reus se embarcó en otros negocios, fundamentalmente inmobiliarios. Fundó dos barrios residenciales, un hotel, e intentó concretar otras iniciativas. Pero la crisis económica, el descrédito, y la reacción de algunos sectores que nunca vieron con buenos ojos la audacia empresarial de Reus y su círculo, a

los que asociaron con la especulación y con los desarreglos financieros del momento, cerraron todos los caminos, salvo el de la ruina.

Quedaron en pie la sección Hipotecaria del Banco y las lecciones de la experiencia, tanto de lo que se podía hacer, como de lo que era necesario evitar. Pocos años después, en 1896, el Estado fundó el Banco de la República Oriental del Uruguay (BROU), como empresa mixta (nunca concretada). Este y el Hipotecario fueron completamente estatizados entre 1911 y 1912 y así permanecen hasta la fecha. La acción estatal en este campo ha sido analizada por José Pedro Barrán y Benjamín Nahum a lo largo de los numerosos tomos de dos de sus obras más renombradas: *Historia rural del Uruguay moderno* (sietes tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1967- 1978); *Battle, los estancieros y el Imperio Británico* (ocho tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1979- 1987).

Barrán y Nahum no abordan el estudio de la banca en general, ya que su interés se centra en los ganaderos y lo rural. Pero el problema del crédito desde el último tercio del siglo XIX hasta el comienzo de la primera guerra mundial no puede evitarse al reconstruirse el universo agrario uruguayo, y tampoco las medidas adoptadas para conjurarlo. De ahí que los autores estudien la temática en función de su plan de trabajo. Esta visión "desde lo rural" brinda una amplia perspectiva en la que desfilan el arraigo del orismo, la acción del Banco Nacional, las consecuencias de la crisis del 90, la fundación del Banco República, la creación del sector de empresas del Estado y la reacción del capital extranjero, los créditos subsidiados, y otros puntos no menores. Sería injusto señalar las ausencias, ya que para Barrán y Nahum la banca no es todo, sino parte de un todo. Es más, puede afirmarse que a pesar de estar dispersa a lo largo de cientos de páginas, su presencia permite - con salvedades ya que no se analiza en demasía el surgimiento de la banca privada ni la radicación de las sucursales de bancos extranjeros - seguir primariamente la evolución del sistema bancario a partir del punto en que la abandonó Pivel Devoto y por lo menos hasta 1914.

Una visión distinta es la que intentamos proporcionar en Raúl Jacob, *Banca e industria: un puente inconcluso* (Fundación de Cultura Universitaria-Ciedur, Montevideo, 1991). Este trabajo - que se complementa con una serie de avances de investigación sobre la banca extranjera, los bancos en el interior, y las vinculaciones de los banqueros con el poder económico y el sistema político - muestra el surgimiento de un sistema bancario moderno en las tres primeras décadas de este siglo, particularmente durante el apogeo político del batllismo, compuesto por diversos tipos de instituciones (banca comercial, mixta, etc.) y su relación con el aparato productivo, especialmente con la industria.

El funcionamiento de sucursales de instituciones bancarias cuyas casas matrices se encuentran radicadas en otros países son abordadas por algunas obras, con información variable pero siempre valiosa. Tal el caso de *A century of Banking in Latin America* de David Joslin (Oxford University Press, London, 1963), y *Le banche miste italiane in Sud America: strategie mercati e organizzazioni (1906-1933)* de Giandomenico Piluso (Liberio Istituto Universitario Carlo Cattaneo, Liuc Papers, No.7, marzo de 1994).

Hemos considerado hasta ahora la bibliografía de lo que tradicionalmente se denomina período post-independentista, y que arranca de los años 1828 (Convención Preliminar de Paz) y/o 1830 (Jura de la Primera Constitución).

Si se buscan referencias a un pasado más remoto puede ser útil no olvidar que los estudios sobre la colonia tienen actualmente muy pocos cultores, y mucho menos aún los de

economía colonial. En *Estructura económico-social de la colonia* (Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1967) Lucía Sala de Tourón, Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez incursionan en el tema del capital comercial - al que dedican un capítulo - analizando el crédito, las letras, los depósitos, los préstamos a interés y las garantías. Guillermo Vázquez Franco (*Economía y sociedad en el latifundio colonial*, Forum Gráfica Editora, Montevideo, 1986) revisa - también en un capítulo -, la problemática monetaria.

3. LAS FUENTES

1.

Uno de los factores que a nuestro juicio dificultan la producción historiográfica sobre el particular es la ausencia de archivos bancarios completos y para un largo período, habilitados para la consulta pública. Ellos existen en el país en poder de algunas instituciones. Quizás el caso más patético sea el del Banco Comercial, autorizado a operar en 1857, que encomendó la redacción de su historia oficial en la década del cincuenta, ya cerca de su centenario, y que luego optó por dejarla inédita. Dos capítulos de la misma fueron publicados, previa autorización por la Facultad de Humanidades y Ciencias (Raúl Montero Bustamante, *El Banco Comercial y la época de Reus*, F.H. y C., Montevideo, 1966) lo que permite aquilatar el material custodiado: memorias, libro de actas, informes de gerencia.

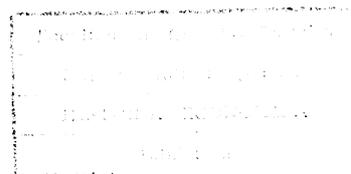
El Banco de la República (BROU), estatal, cuenta con un museo fundado en 1943, que transformó en Museo de la Moneda. Se presume que conserva parte de su papelería.

Por lo menos en el exterior se puede acceder a algunos archivos, como el del ex-Banco de Londres y América del Sur en Londres (BOLSA), y a los informes diplomáticos de diversas cancillerías, los que suelen aportar una preciosa información al respecto.

El Archivo General de la Nación - el principal custodio oficial de los documentos del país - ha editado una serie de catálogos en los que muestra una parte de sus existencias. La papelería visible es de cierta importancia. Por lo pronto allí se encuentran los libros de parte de las sucursales del Banco Nacional. La corta vida de esta institución - los documentos suelen abarcar el período 1887~1896 - los hace útiles para estudios microhistóricos. Como la citada institución fue autorizada a abrir sucursales en el interior del país, y lo hizo fundamentalmente en las capitales provinciales, son aptos asimismo para encarar trabajos regionales, así como para el análisis de la relación de la banca con el sistema productivo.

El Museo Histórico Nacional también atesora documentación de diverso tipo. Allí se encuentran numerosas colecciones de correspondencia, folletos, libros y papeles de personajes diversos, entre los que sobresalen un par de funcionarios y directores del Banco de la República (Archivo Javier Méndivil y Archivo Raúl Montero Bustamante).

Pero hay uno que adquiere particular interés. Se trata de Andrés Lamas, figura protagónica en la concreción de los tratados de paz con Brasil en 1851. De la correspondencia de Lamas se destaca la mantenida con el banquero Mauá.



Merece destacarse que el Estado uruguayo se caracteriza por su descentralización en lo que se refiere a museos y archivos - existen en diversos organismos públicos, metropolitanos y locales - y por el atraso en el inventario de sus existencias, por lo que no es de descartar que nos encontremos frente a un iceberg. Además, en este campo el sector privado es relevante. Y lo que poseen empresas y familias es un misterio mantenido con un celo digno de mejor causa, ya que a los efectos fiscales no es materia imponible.

El Estado en este punto muestra un interés rayano en la desidia. Las empresas que clausuran sus actividades no están obligadas a depositar sus archivos en lugar alguno. Y cuando el Estado se hace cargo transitoriamente de la gestión de algún banco privado en dificultades para luego venderlo, transfiere los costos de la operación a la sociedad pero no sus documentos, ni siquiera los más viejos.

2.

A la hora de los festejos, que no siempre llegan para los bancos, algunos han optado por publicar o mandar redactar monografías de tipo histórico para difundir su verdad o simplemente para legar un panegírico a las generaciones futuras. Para ello ocasionalmente han recurrido a la modalidad de propiciar concursos. Esto es perceptible tanto en la órbita privada como en la oficial.

En la primera se destaca la realizada por el Banco Comercial en ocasión de su centenario en 1957: *El Banco Comercial a través de un siglo 1857-1957*. Lujosamente editada, contiene una serie de biografías de sus directores, algunos números y otro material de interés, más una narración acerca de su desarrollo. Con mayor modestia se le habían anticipado, entre otros, el *Banco de Cobranzas, Locaciones y Anticipos. Cincuentenario 1889-1939* (Barreiro y Ramos, Montevideo, 1939); *Banco Mercantil del Río de la Plata. 40 Aniversario 1915-1955* (Montevideo, 1955); *Banco La Caja Obrera 1905-1955*, Mosca Hermanos, Montevideo, 1955).

Los bancos del estado también han transitado por esta senda. Raúl Montero Bustamante es el autor de *El Banco de la República en su cincuentenario - Memoria histórica 1896-1946* y Víctor Pastorino de la *Monografía del Banco de la República Oriental del Uruguay (1896-1946) con motivo de su cincuentenario* (Montevideo, 1946). (Raúl Montero Bustamante en colaboración con Octavio Morató habían redactado anteriormente *Banco de la República Oriental del Uruguay* (Montevideo, 1918)). La principal institución bancaria oficial también celebró sus bodas de plata *El Banco de la República Oriental del Uruguay en el XXV Aniversario de su fundación. 1896 - 24 de agosto - 1921* (Barreiro y Ramos, Montevideo, 1921). Asimismo, el Banco Hipotecario del Uruguay festejó con una monografía el vigésimoquinto aniversario de su estatización (Alfredo Rega Vázquez, *Banco Hipotecario del Uruguay 1912 - 1937*).

Pero el mayor interés como fuente histórica lo concita la "memoria" de uno de los gerentes del Banco de la República, reconstruida con la selección y compilación de algunos de sus informes al directorio de la institución. Se trata de *Al servicio del Banco de la República y de la economía uruguaya (1896-1940)* de Octavio Morató (Montevideo, 1976).

El investigador también puede encontrar materia prima en las revistas publicadas en la década del veinte por algunos bancos privados, como el Popular del Uruguay y el Francés

Supervielle y Cía., o en las memorias anuales a los accionistas, editadas como folletos. La dificultad en este caso es contar con la serie completa.

Por estar sometidos a la fiscalización pública se pueden hallar con mayor facilidad los informes y rendición de cuentas de los organismos estatales. Se encuentran dispersos en memorias y actas parlamentarias de fácil acceso.

Diversos álbumes, algunos de ellos conmemorativos, brindan descripciones del sistema bancario, que a pesar de su contenido publicitario se constituyen en verdaderas "fotografías" de época. Tal el caso de *Impresiones de la República Oriental del Uruguay en el Siglo XX* de Reginald Lloyd (Lloyds Greater Britain Publishing Co. Ltd., Londres, 1912); *El Uruguay a través de un siglo* de Carlos Maeso, Tipografía Moderna, Montevideo, 1910; Diario *El Siglo - Cincuentenario 1863 - 1913*, *El Libro del Centenario del Uruguay* (Agencia Capurro, Montevideo, 1925), *Libro del Sesquicentenario de 1830* (Montevideo, 1980); etc.

3.

La Oficina del Registro Estadístico (luego Dirección de Estadística General) comenzó a publicar sus *Cuadernos* en 1873, y a partir de 1884 los *Anuarios Estadísticos de la República Oriental del Uruguay*, que a los primitivos datos sobre población, instrucción, comercio, navegación, rentas públicas, les fue agregando con el tiempo otros sobre producción, estructura agraria, movimientos de oro, banca, etc.

Una mayor sistematización se logró a partir de la década del diez, en que se creó la Inspección Nacional de Bancos (1916), que pocos años después pasó a denominarse Inspección General de Bancos y Sociedades Anónimas (1919), y a la que se le asignó la tarea de vigilar y fiscalizar estas empresas, y de controlar los encajes metálicos y los fondos depositados en los bancos, y a éstos la obligación de divulgar anualmente sus balances. Es a partir de estos años en que se pueden elaborar series continuas para la banca privada y estatal sobre algunas variables mínimas (capital y fondos de reserva, adelantos y depósitos a la vista y a plazos).

A pesar de que los balances poseen un valor muy limitado - los bancos suelen evitar los dramatismos para evitar las corridas - es útil saber que ellos generalmente pueden encontrarse publicados por el *Diario Oficial*, que en su segunda época comenzó a aparecer a principios de siglo. (En él el Estado publica leyes y decretos, edictos, etc., y los particulares registran las actas de constitución y los estatutos de las empresas, por lo que constituye una fuente de primera mano para la historia empresarial, sobre todo para apreciar nacimientos y defunciones).

El Ministerio de Hacienda - al que estaba adscripta la Inspección General de Bancos - publicó su propio *Boletín* durante lustros, con abundante material cuantitativo sobre el sistema bancario.

El Banco de la República Oriental del Uruguay, nacionalizado en 1911, creó su Sección Estadística. La misma difundió hacia 1933 la *Sinopsis Económica y Financiera del Uruguay - Estadística Retrospectiva* (BROU, Montevideo, s.f.), que cubre el período 1913 a 1930. Posteriormente, en 1942, el Departamento de Investigaciones Económicas,

comenzó a publicar la *Revista del Banco de la República Oriental del Uruguay*, luego *Revista Económica del Banco de la República Oriental del Uruguay*.

Esta labor fue continuada prácticamente desde su nacimiento en 1967 por el Banco Central del Uruguay (hasta esa fecha la emisión monetaria dependía del Departamento de Emisión del BROU, establecido en 1935 con la finalidad de controlar el monopolio que venía ejerciendo desde 1907, en que caducó el último de los permisos de emisión de la banca privada).

La superposición de organismos oficiales elaboradores de estadísticas, cuya proliferación fue consecuencia de la propia evolución normativa, si bien complican el trabajo del investigador, tienen la virtud de obligarlo a precisar su metodología, ya que no siempre los datos obtenidos son coincidentes, por más que la línea marcada por la tendencia sea la misma. Por otra parte suele suceder que una misma repartición cambie las categorías utilizadas, agregando dificultades adicionales a quienes pretenden estudiar los movimientos en una relativa larga duración. Otras oficinas comenzaron tardíamente a compilar datos desagregados lo que conspira contra la precisión y el alcance de los productos finales. Es lo que les sucede a aquellos que pretenden estudiar la aplicación del crédito. El BROU, que ya en los años veinte controló la mitad o más de los adelantos del sistema bancario, catalogaba los préstamos corrientes, es decir excluidos los de fomento, por profesiones: hacendado, agricultor, comerciante, industrial, profesional, propietario. Esta manera de medir la distribución de los adelantos no asegura certeza alguna sobre el destino final de los mismos. Recién a partir de 1963 la banca privada comenzó a proporcionar al Banco de la República información detallada sobre el destino del crédito por sectores y ramas. En consecuencia el panorama es que por distintos motivos no se puede tener una perspectiva histórica del crédito, y lo que se alcanza no son resultados comparables ni en el tiempo, ni por los criterios de medición.

El Banco de la República inició con retraso la publicación de las cuentas nacionales, y el Banco Central hace partir las series oficiales sobre el PBI en términos reales del año 1935.

Si se buscan cifras para un período anterior a la década del diez, particularmente para el siglo XIX, un buen apoyo - con abundante información sobre los bancos en general - se encuentra en la voluminosa obra de Eduardo Acevedo *Anales Históricos del Uruguay* (Barreiro y Ramos, Montevideo, 1933 - 1936; seis tomos) que comienza en el siglo XVI con el descubrimiento del hoy llamado Río de la Plata y concluye en 1930, cien años después de la Jura de la primera Constitución.

4. CONCLUSIÓN

Obviamente la historia de bancos no se encuentra en fojas cero. Un primer problema es propio de la indefinición de la historia económica como disciplina, de la existencia de múltiples "historias económicas". Ello provoca cierta crisis de identidad. Trabajos como el de Pivel Devoto, que tratan la evolución de la legislación bancaria y monetaria, basados casi exclusivamente en actas parlamentarias, artículos de prensa, folletería y memorias, coexisten con otros como el de Damonte y Saráchaga, cuyo principal soporte es la información cuantitativa, estudiada con los elementos aportados por una teoría predeterminada, con una visión omnicomprensiva de la realidad y con escasas referencias al material de archivos, bibliotecas y hemerotecas, salvo en lo atinente a colecciones de leyes y decretos y de publicaciones que contienen estadísticas. La consecuencia es la existencia de visiones contrapuestas, desde la historia, y desde la economía. Esto en sí no es grave. De sus encuentros y desencuentros suele surgir el camino. El problema es la proyección futura. La vía elegida por Pivel de alguna manera muestra un horizonte, ya que es un tipo de historia factible, y hasta necesaria que permitiría realizar una primera periodificación inexistente hasta la fecha. Si bien llegar hasta nuestros días con esas fuentes y esta metodología sería un gran paso, el mismo es limitado. Privilegia lo institucional y la acción estatal pero descuida a los actores y el funcionamiento del sistema.

En cambio si lo que se busca es hacer otro tipo de historia, las carencias quedan al desnudo. Para elaborar un estudio microhistórico en un lapso de tiempo dilatado, que permita inferir lo general, es necesario el archivo de una empresa bancaria longeva, inencontrable por el momento, salvo en el exterior. El peso del sector en el PBI, con suerte se puede tratar de reconstruir después de la década del treinta en base a la información oficial (para el período anterior primero hay que elaborar las series globales). Sin encarar la revisión de los archivos de la banca estatal y privada, sólo se obtiene una idea acerca de la distribución del crédito. Los balances permiten aquilatar las declaraciones de las instituciones, no la realidad. Para alcanzar una periodización basada en el crecimiento y las fluctuaciones de algunas variables sería necesario primero construirlas, y en algunos tramos, reelaborar las existentes. Y así se podría continuar...

Ni abundante, ni inexistente. Quizás sea esa la mejor definición de una producción bibliográfica que si no cambia la situación actual en el acceso a sus fuentes, deberá transitoriamente resignarse a las aproximaciones y a los tanteos.

INDICE

LA HISTORIA DE EMPRESAS..... p. 2

LA HISTORIA DE LOS BANCOS EN URUGUAY: BALANCE Y
PERSPECTIVAS..... p.11